CORAZÓN DE GUERRERO

—El Camino de los Miedos—



Gonzalo Cajaraville

CAPÍTULO III

— La destreza —PARTE 2

14

Habían pasado varias horas de la jura de los reclutas, y Eros deambulaba en una de las ferias del pueblo. La muchedumbre se aglutinaba en pasillos angostos que formaban los puestos y el bullicio era constante. Los comerciantes persuadían al público para que compraran sus mercancías y ponían en práctica todo tipo de artimañas para atraer a los clientes, como si fueran encantadores fascinando a serpientes. Era un ambiente hostil, producto de la escasez de alimentos y la crisis económica de la región. Los puestos se mostraban abarrotados de objetos inútiles, en su mayoría, artículos personales que intentaban canjear por algunas monedas que les salvaran la jornada.

Eros compró algunos cereales y vegetales disecados, víveres que le recordaban a su infancia. Cuando era pequeño, recorría grandes distancias junto a su padre en busca de oportunidades y aquel tipo provisiones eran ideales para enfrentar esos largos viajes. Mientras caminaba, trataba de ordenar la mente, pero sus pensamientos parecían estar perdidos en un laberinto. Sentía satisfacción por estar a un paso de unirse a la guardia real pero, a su vez, la prueba de lealtad anunciada por Klaus esa misma mañana le provocaba náuseas. Trataba de encontrar el modo de continuar con su carrera y evitar el sacrificio de Agatha al mismo tiempo, pero parecía imposible de resolver. En medio de la confusión, el impulso de huir surgía en el horizonte, aún como una idea remota que iba cobrando cada vez más fuerzas.

Le urgía sentir algo de serenidad, e inmediatamente pensó en Elena, su amiga fiel y confidente, pero, como de costumbre, iba a resultar una travesía encontrarse con ella. Necesitaba su consejo, así que se propuso dirigirse al castillo, a pesar de que su ingreso estaría restringido. Decidido, ideó una estrategia temeraria, aunque prometedora, para alcanzar su objetivo. Lo mejor sería vulnerar el acceso durante el cambio de guardia, pretendiendo ser un reemplazo. Todavía poseía en su poder parte del uniforme, la cota de malla y el peto, desde la tarde en que se había apostado en la Torre del Homenaje. Sin pensarlo dos veces, enfiló hacia el castillo.

Llevaba la armadura calzada y, aunque estaba incompleta, a simple vista parecía un guardia en servicio. Su apariencia fue suficiente para permitirle atravesar el acceso principal del castillo pero, al llegar a la Torre del Homenaje, debió poner en juego algo más de astucia para continuar con el plan.

Un soldado se encontraba apostado en la puerta. Eros esperó para aproximarse hasta que faltaran apenas minutos para el cambio de guardia, afortunadamente conocía el manejo interno. Se acercó al guardia e hizo un saludo formal, sintiéndose un poco inhibido por la reacción del sujeto. El guardia lo miraba con gesto de desaprobación. Aparentemente, había advertido que su uniforme no estaba en condiciones.

—Me designaron para relevar tu puesto. Pertenezco a la nueva promoción de soldados, acabó de jurar lealtad a la guardia real —anunció, intentando que su voz sonara firme.

—¿Quién te envió para relevarme? ¿Es tu primer servicio? No voy a cederle el puesto a un novato —respondió, con una mirada intimidante.

—No soy un novato y tampoco es mi primer servicio. Ya estuve apostado en la Torre del Homenaje, y también me enviaron a explorar el Bosque Encantado. ¿Sabés cuantos han superado esa misión? —retrucó. Lo que decía era verdad, aunque no sabía si eso le valdría para que creyeran su artimaña y el tiempo se le estaba agotando.

—Oí algo de eso, ¿tú eres el recluta que sobrevivió a la primera prueba? —indagó, sorprendido, su gesto recio había cambiaba a uno de curiosidad genuina.

—¡El mismo! —respondió con orgullo. Aquella odisea en el bosque se había convertido en su carta de presentación.

—¿Es verdad que te enfrentaste al dragón rojo? —preguntó con interés mal disimulado. Las historias se escurrían con rapidez en el pueblo, y si bien Eros no era un hombre popular en el sur, su aventura ya era parte de un mito.

—No te preocupes por los dragones rojos, hay peligros que son mucho más aterradores ahí adentro —respondió con seriedad—. Tal vez te pueda contar más en la taberna algún día, pero ahora tengo una responsabilidad que cumplir —finalizó, e hizo un gesto para que le cediera el puesto.

El guardia asintió y le entregó la alabarda que sostenía. Mientras se retiraba, observó a Eros por última vez. Se extrañó al ver sus pies calzados con unos zapatos de cuero ordinarios, sin protección, en lugar de las botas reforzadas con hierro, típicas de un soldado. Eros advirtió la sorpresa del guardia e intentó minimizar el descuido.

—Con todo esto de la jura me distraje y olvidé mis botas —se excusó con una sonrisa avergonzada, y el guardia le devolvió el gesto.

—¡Novatos! —exclamó, y se retiró meneando la cabeza.

La puesta en escena había dado resultado, Eros se adueñó de los últimos minutos del servicio de ese hombre. Al cabo de un rato, se presentó el verdadero reemplazo y el joven le cedió el puesto sin levantar sospechas, ingresando al fin a la Torre del Homenaje. Tal vez, iba a tener que rendir cuentas por ese acto en un futuro pero, decidió que se preocuparía por ello cuando llegara esa instancia.

Avanzó discretamente por los escalones que llevaban al salón principal. El joven ya había estado en ese recinto cuando había sido invitado, junto a Sigurd, al banquete del rey. Recordó las insinuaciones del rey, disfrazadas de bromas inocentes, en relación a su hija. Aquello había sonado a una seria advertencia, y se le erizó la piel de sólo pensar que pudiera descubrirlo merodeando los pasillos en busca de Elena en ese momento. Vaciló un instante, pero ya era tarde para arrepentirse, por lo que volvió en sí rápidamente para no demorarse más.

Ascendió por las escaleras hacia el siguiente piso y se encontró con los aposentos reales. Jamás había estado en ese sector, la adrenalina le brotaba por los poros. Debía tener mayor cautela, de ser advertido por un guardia no tendría excusas para justificar su presencia en el lugar.

Se internó varios pasos a través del pasillo central, tratando de hallar algún indicio que lo condujera a la princesa. En el lugar abundaba el lujo y el esplendor en la decoración. Contra la pared se encontraba amurado un sofisticado soporte de lanzas y espadas, el acero de las armas resplandecía con la luz solar. Al lado de la estructura, sobre una tarima de hierro reforzada, se encontraba expuesta la armadura completa de un guerrero de la guardia real. Eros pensó que aquella figura podría prescindir de su yelmo por un momento, así que tomó el casco y se lo colocó rápidamente. El hierro tuvo un calce perfecto y su aspecto general quedó mucho más acorde al de un guardia, por no mencionar su identidad permaneció más oculta, algo muy importante. Más relajado, continuó adentrándose por el corredor.

La puerta de una de las habitaciones se abrió repentinamente y dos mujeres la atravesaron. Ambas vestían con elegancia y avanzaban dándole la espalda a Eros unos metros por delante de él, sin advertir su presencia. Dialogaron por lo bajo durante algunos segundos, hasta que una de ellas se adelantó, perdiéndose en el final del pasillo. La otra mujer llevaba un paso más lento, lo cual preocupó a Eros ya que no podía superarla sin que ella advirtiera su presencia. Antes de alcanzar el final de la galería, la dama detuvo su marcha inesperadamente y se volteó, con el semblante pensativo y la cabeza gacha. Volvió sobre sus pasos algunos metros y, al aproximarse a Eros, alzó la mirada ante su presencia. Entre los surcos de la visera del yelmo, el joven pudo identificar a la mujer, se trataba de Elena. La princesa lucía un bello vestido de seda color rojizo, entallado a la cintura, con largas mangas y un escote pronunciado. Llevaba su cabello cobrizo recogido entre trenzas con una delicada diadema con pequeños brillantes. La joven se veía increíblemente hermosa y resplandecía como una fina joya en el salón.

Eros conocía otro lado de Elena, a la muchacha sencilla y desenfadada que le regalaba, a escondidas, atardeceres a orillas del lago, con el cabello desatado y libre. Esa mujer autentica y espontánea, amante de los caballos y la naturaleza, parecía ocultarse tras esa figura inmaculada y esplendida, pero envuelta en un frío protocolar.

Por un instante, se mantuvo preso de la imagen cautivadora de la princesa tardó unos segundos en escapar de su estupor para dirigirse hacia ella. Deslizó la visera de hierro por encima del yelmo, lo que dejó al descubierto parte del rosto. La princesa lo observó confundida.

—¡Eros! ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, sorprendida, una vez logró descifrar la identidad del hombre que tenía frente a ella.

—Necesito hablar contigo, es importante —respondió, con seriedad.

—No podemos estar acá, ven conmigo —dijo Elena, y le indicó que la acompañara.

Atravesaron una nueva galería hasta llegar a una puerta de madera muy decorada. La princesa tomó una llave de su bolsillo e ingresaron a una habitación repleta de estanterías con libros de todo tipo. Eros jamás había visto algo semejante, aquello se trataba sin dudas de la biblioteca de los ancianos sabios, la misma que le había mencionado Elena tiempo atrás. Por un momento, se sintió tentado de preguntarle cómo había ganado acceso, pero entendió que no era el momento.

Allí, entre la privacidad de esas paredes, pudieron retomar el diálogo sintiéndose más seguros.

—Ahora sí, ¿me puedes decir por qué estás aquí? —A pesar de la curiosidad, no podía ocultar el nerviosismo que le provocaba la incómoda situación.

—Sé que es arriesgado, pero tengo un gran problema y no sé qué hacer, ¿puedo contar contigo? —preguntó, con urgencia en la voz.

Elena notó su preocupación y cambió su actitud, mostrándose más compasiva. También la reconfortó que acudiera a ella, se sintió valorada.

—Por supuesto, dime qué sucede —le pidió.

—Esta noche se llevará a cabo la tercera prueba, es una demostración de lealtad y para eso tendremos que realizar un sacrificio —anunció, e hizo un pequeño silencio no queriendo verbalizar lo que iba a decir a continuación—. ¡Nos pidieron que sacrifiquemos a nuestros caballos! Agatha es mucho más que un auxiliar de entrenamiento, ¡yo no puedo hacer esto! —exclamó, las palabras le salían entrecortadas.

—Lo lamento mucho, sé lo difícil que es para ti — expresó, conmovida.

—De haberlo sabido, jamás me hubiera incorporado al grupo de reclutas. Ahora es demasiado tarde, si no cumplo con mi deber seré castigado y tal vez terminé en una prisión. ¿Tú no sabías de esto? —cuestionó, confundido. Por la actitud tranquila que había adoptado la princesa, sospechaba que algo debía saber al respecto.

—Son comunes los sacrificios en las ceremonias de iniciación, pero jamás hubiera imaginado que les pedirían que sacrifiquen a sus propios auxiliares de entrenamiento —explicó, pesarosa—. No sabía nada de esto —añadió.

—No puedo rendir la tercera prueba, pero tampoco quiero terminar en prisión —anunció, pensando en voz alta.

—Eros, no tienes alternativa, ¿qué harás entonces? ¿Huir? —dijo, consternada.

Pero el joven le sostuvo la mirada y dejó entrever que aquella idea, tan absurda para ella, tenía cabida en su mente.

—¿Qué estás pensando? ¡Sería una locura! —exclamó la princesa, sin aceptar que lo tuviera en consideración.

—Sé que es una locura, pero tal vez no haya otra opción. Podría viajar hacia el oeste, allí sería bien recibido.

—¡El oeste! ¿y cruzar el Bosque Encantado otra vez? No sabes lo que dices —lo regañó, perdiendo cada vez más la paciencia.

—Lo hice una vez, y puedo hacerlo nuevamente —insistió, su exceso de confianza comenzaba a fastidiar a la princesa.

—Apenas conoces el principio del bosque, y casi fuiste devorado por un dragón. Eso no es nada en comparación con lo que tendrías que recorrer para llegar al oeste —le recriminó, dejándolo sin palabras.

Agatha trató de buscar, desesperada, algo que pudiera ayudarlo. Fue ahí que una extraña solución se le cruzó por la mente.

—Se me ocurre algo… —dijo, dubitativa—. En el establo real hay un caballo que está muy enfermo, padece el mal del dragón y sé que lo van a sacrificar pronto —tragó saliva, esa enfermedad era muy viciosa con quien la contraía y no tenía cura—. Tal vez, podríamos reemplazarlo por Agatha, su apariencia es similar y podrías simularías que es tu auxiliar de entrenamiento. ¡Podríamos salvar a Agatha! Y tú cumplirías con el sacrificio con un animal que, de todos modos, ya está sentenciado —dijo, esperanzada.

Eros se quedó pensativo. La idea podía llegar a funcionar, pero no terminaba de convencerlo.

—Es arriesgado —dijo al fin—, y creo que se darían cuenta. La prueba consiste en demostrar lealtad. Ellos pretenden que demostremos nuestra lealtad con sacrificio para superarla, se asegurarán de que sea el verdadero auxiliar de entrenamientos.

—Deberíamos intentarlo de todos modos, aunque con los recaudos necesarios. Tú podrías presentarte con Agatha, para evitar sospechas, y yo aguardaría escondida por el intercambio. Luego, yo me iría con Agatha y tú procederías con el otro caballo. No puede fallar, no se darían cuenta —anunció, con los ojos llenos de confianza.

Eros hizo eco de la ilusión de la princesa, mientras contemplaba su rostro radiante.

—¡Haremos eso mismo, entonces! Gracias, me has dado esperanza —respondió, sin poder ocultar su alegría.

En ese momento, escucharon el ruido de otras personas ingresando a la biblioteca, y Eros y Elena enmudecieron, sobresaltados.

La princesa reaccionó rápidamente y lo tomó de un brazo. Ambos se escondieron en un espacio angosto formado entre dos estanterías, donde se estrecharon para poder entrar. Sus cuerpos se enredaron y permanecieron juntos e inmóviles. A pesar del riesgo y la tensión, la proximidad era sugestiva y la adrenalina del momento no ayudaba.

Oyeron las voces de varios hombres voces entablando una conversación. No tuvieron más opción que aguardar en silencio, rogando para que se fueran pronto.

—El comandante Kol tenía información valiosa para decirnos, pero el rey se dejó llevar por su temperamento y ahora es demasiado tarde —anunció, preocupado, uno de los hombres.

—El maldito se ahorcó, ahora jamás sabremos lo que tenía guardado —respondió otra voz, destilando molestia.

Dijeron algunas frases más en voz baja, pero ya no fueron audibles desde la posición de los jóvenes. De todos modos, había sido suficiente, Eros sabía de qué estaban hablando. Se sorprendió al enterarse de que el comandante del norte se había quitado la vida. Estaba claro que aquella revelación que había hecho en el combate que tuvieron, había sido algo más que palabrerías para que le perdonara la vida. Anunciaban hechos que acontecerían realmente y ahora él sería el único poseedor de la información obtenida en el final de esa pelea. Repentinamente, sentía una gran responsabilidad sobre sus hombros. Deseaba transmitir cuanto antes lo que sabía a las autoridades de la guardia real pero, en vísperas de la ceremonia de iniciación y la ejecución de un plan tan arriesgado como el que estaban tramando, era conveniente que pasara inadvertido.

Los hombres continuaron hablando por algunos minutos más y luego se marcharon tal como habían entrado. Eros y Elena se miraron al mismo tiempo con alivio y, por un instante, permanecieron atados a esa mirada, la misma que los había unido a orillas del lago. Eros recordó ese encuentro, el momento en que se habían besado, y no pudo evitar el deseo de repetirlo. Se quitó el casco dejando su rostro al descubierto, se inclinó hacia ella e intentó besarla como aquella vez. Elena dio un paso hacia atrás y tropezó con una de las estanterías, varios libros se desacomodaron y otros cayeron al piso con gran estrépito. El sonido fue lo suficientemente fuerte como para amenazar a dejarlos expuestos nuevamente.

—Seguro vendrán a inspeccionar, tenemos que irnos rápido —lo apuró preocupada. La situación la superaba de diferentes maneras. Por un lado, la aparición de nuevas personas era una amenaza inminente, pero lo era aún más la intensión de Eros por besarla—. Por favor, retírate ahora, no puedes permanecer aquí, hablaremos más tarde —concluyó, nerviosa.

Eros la observó afligido y, en silencio, enfiló hacia la puerta.

—¡Eros! —llamó la princesa, antes de que se fuera de la habitación.

—Princesa —respondió el joven, con formalidad.

—Resolveremos lo de Agatha, te veré en la ceremonia —prometió, dolida por la actitud del joven—. No resignes la oportunidad de unirte a la guardia real, es por lo que has peleado toda tu vida.

—Tienes razón, debo enfocarme en eso. Gracias por tu ayuda —respondió, y se colocó el yelmo. Sin decir nada más, abrió la puerta y abandonó la biblioteca.

Finalmente, se retiró del castillo con el mismo sigilo con el que había ingresado, pero con sensaciones diferentes.